

Cuando Yemayá dejó a Ogún, o imaginar lo inimaginable

ALAI REYES-SANTOS

RESUMEN

Este testimonio puede parecer algo raro para muchas, aunque para otras será como estar en casa, en familia. Entre los cuentos de los orichas, mami y mi propia vida, surge la posibilidad de imaginar lo que parecía inimaginable por mucho tiempo: un mundo donde mami, desde el espacio de los muertos, puede decir su verdad, encontrar paz y permitirme vivir sin clósets ni secretos; un mundo donde una mujer, Yemayá, puede crear lo más bello después de ser violentada por su propia sangre; un mundo donde una mujer puede liberarse de nociones opresivas de lo que es ser madre y esposa, vivir y estar en paz consigo misma y les demás. Les invito a un testimonio constituido por historias que, tal vez, parezcan no tener nada que ver una con la otra, pero al final son fragmentos de verdades que ojalá nos liberen lo suficiente para imaginar un mundo donde no morimos todos los días a manos de otras, o por nuestra propia mano; un mundo donde podemos existir más allá de la violencia de género y el feminicidio. [Palabras clave: violencia de género, feminicidio, testimonios, patakís]

La Dra. **Alai Reyes-Santos** (alai@uoregon.edu) ejerce como consultora independiente, profesora de Práctica en la Escuela de Leyes de la Universidad de Oregon y directora asociada del PNW Just Futures Institute for Racial and Climate Justice, subvencionado por la Fundación Mellon. Además, sirve a las comunidades en su rol de iyalocho. Es una de las autoras de www.healers.uoregon.edu. Completó estudios en humanidades en la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez y en la Universidad de California en San Diego. www.alaireyessantos.com

Una invitación

Este testimonio es una entrada al mundo en que vivo como iyalocha, madre de ocha, mujer que humildemente llama a las fuerzas de los orichas africanos para que se manifiesten, para liberar cabezas, corazones, espíritus de enfermedades, dolores, violencia.¹ Confío que cualquier respuesta que den será la correcta. Es una entrada al mundo en que vivo como Nana Nkisa, madre de espíritus, cruzando, cuando es necesario, el velo que separa los vivos de los muertos para encontrar la verdad que libera a nuestros ancestros de los dolores y violencias que cargaron en vida.² Les invito a acceder a un testimonio constituido por historias que, tal vez, parezcan no tener nada que ver una con la otra, pero que al final son fragmentos de verdades que nos liberan lo suficiente para imaginar lo que en apariencia es inimaginable: un mundo donde no morimos internalizando la violencia de género que nos plaga y donde no es necesario sobrevivir el feminicidio como una realidad del día a día.

Este testimonio es una combinación de patakís y cuentos de mi familia. Tradicionalmente, los patakís son los cuentos sagrados de los orichas, fuerzas divinas afrodescendientes que manifiestan la medicina o fuerza de sanación y creación del mar, del hierro, de la tierra, de todo lo creado. Estos cuentos han sido repetidos por generaciones de iyalochas en la diáspora africana de las Américas.

A través de dos patakís específicos, invoco a les orichas. Ambos patakís nos conectan con la medicina de la oricha Yemayá para liberarnos. Yemayá es conocida y amada ampliamente desde tierras Yorubas, Congo y Fon en África Occidental hasta el Caribe, Latinoamérica, Europa y los Estados Unidos por manifestar la medicina de los mares en procesos de sanación, y por ser la madre de los océanos y de otros orichas esenciales para la creación. En el primer patakí, Yemayá crea los mares cuando resiste el intento de violación de su propio hijo. Este cuento invoca a Yemayá y su fuerza de autoliberación. Provee la posibilidad de liberarnos —como sobrevivientes de hostigamiento, abuso, incesto, violación, feminicidio— de esas memorias enraizadas en nuestro ser. Así, como Yemayá, podemos seguir creando y viviendo. En el segundo patakí, Yemayá deja a su esposo, el oricha Ogún, regente de los hierros e instrumentos de guerra. Con este patakí invoco la medicina de estos orichas que logran lo que nos parece humanamente inimaginable a veces: que una mujer pueda vivir como quiere, trascendiendo lo que se espera de ella como mujer, esposa o madre, sin miedo a morir a manos de otre; o sin autodestruirse en un intento de sobrevivencia que requiere silenciar su realidad y, por ende, matar internamente su ser, sus dolores, deseos y sueños.

Los otros cuentos compartidos aquí invocan a les egunes o ancestros, honrando específicamente la memoria de mami. Mami, una campesina cidreña que se hizo enfermera en San Juan en los años setenta, desafió límites y convenciones sociales de toda índole en esa época. Parte de su legado, para mí, son las estrategias de sobrevivencia que produjeron una intimidad compleja llena de infinito amor e inmenso dolor entre ella y yo, madre e hija; a veces cómplices en solidaridad incomparable, a veces unidas por una red invisible de resentimientos reprimidos. Entiendo su feminicidio a mano de narcos como una muerte final entre tantas muertes sufridas a través de los años, cada vez que una parte de sí fue sacrificada ante el terror producido por los estigmas que ella sabía que tendría que enfrentar si priorizaba ser una madre que ejercía una profesión o se convertía en una madre soltera o una mujer divorciada.

Ser madre, para ella, fue amar incondicionalmente y, al mismo tiempo, hacernos responsables de sus resentimientos ante todo lo que sentía que había perdido al volverse madre, hacernos cargar el peso de sus decisiones cuando el dolor la traicionaba y salía incontrolablemente lleno de rabia en sus palabras.

Cruzando desde el mundo creado por Ikú, la muerte, hacia el espacio regido por los vivos, mami ha encontrado la paz que nunca tuvo en vida: pudo sanar nuestra relación de madre e hija, me liberó de lo que ella entendía era la única forma de sobrevivir como mujer, y me permitió vivir como mujer cuir y negra, sin dejar que me entregara a la muerte. Igual que Yemayá, ella sigue creando vida para sí y otras después de la violencia que al parecer quitó todo de su vida.

Entre los cuentos de los orichas, mami y mi propia vida, surge la posibilidad de imaginar lo que parecía inimaginable para mami y para mí por mucho tiempo: un mundo donde mami, desde el espacio de los muertos, puede decir su verdad, encontrar paz y permitirme vivir sin clósets ni secretos; un mundo donde una mujer, Yemayá, puede crear lo más bello, después de ser violentada por su propia sangre; un mundo donde una mujer puede liberarse de nociones opresivas de lo que es ser madre y esposa, vivir y estar en paz consigo misma y les demás.

Si todavía están aquí, queridos lectores, gracias por sentarse conmigo mientras hago estos cuentos. Que de alguna forma les sirvan de liberación en su caminar también... Ashé.

Cuando nacen los mares

Orungan trata de violar a su madre Yemayá. Ella resiste, lucha.cae al suelo. Al caer, de sus senos nacen los mares.³

Invoco a Yemayá, oricha de la mar, a través de este patakí para recibir su medicina. Es su medicina lo que motiva este testimonio. ¿Por qué compartir públicamente el ser hostigada, violentada? ¿Por qué someterme a mí y a mami al escrutinio de otras, o a su pena, o a la posible negación o minimización de nuestro dolor? Solo puedo decir que la medicina de Yemayá invocada en este patakí me mueve, me inspira a conectar con lo que sugiere: que tenemos la capacidad de vivir a través de lo que somos posibles de crear desde el dolor; que ser violentados en lo más íntimo de nuestro ser no significa el fin de todo lo que somos, sino que podemos todavía ser capaces de crear lo más bello, lo más profundo; que es posible vivir. Y para mí, vivir es crear, y crear es usar la palabra e intentar sostener mi vida y la de otras a través de la palabra. Estos patakís y testimonios son el agua de mar que ofrezco humildemente a quienes caminan como yo, viviendo en cuerpos trastocados, violentados, abusados, sometidos al poder de otre.

Este patakí tan famoso es siempre uno de los más dolorosos. Es el hijo que ataca a su madre, que es quien le dio la vida. Es el hijo que asume una posición de poder ante el cuerpo de su madre; es decir que asume el poder que le entrega el patriarcado y traiciona a su propia sangre. Yemayá, madre de orichas, de divinidades, violentada por su propia sangre.

En este patakí se deforman las relaciones entre madre e hijo. Él busca someter el cuerpo de quien le dio la vida —la mujer más grande y poderosa de la creación, por cierto—, a lo que él entiende es su poder como hombre. La arrogancia del patriarcado rompe los

lazos sagrados entre un hijo y su madre dentro de una tradición en la que las madres representan la primera línea de protección espiritual en cualquier rezo. La iya, madre de osha, es respetada y venerada más allá de esta vida, por generaciones. La madre biológica es la primera persona nombrada en una moyumba —o invocación de los ancestres—, justo antes de las abuelas.

Este patakí no sostiene la ilusión a veces prevalente de que la violencia de género y el feminicidio son circunstancias excepcionales o solamente posibles fuera del hogar; al contrario, nos muestra que en las tradiciones afrodescendientes entendemos que la violencia contra la mujer es una realidad que puede tocar a cualquiera dentro de su mismo hogar. Yemayá es atacada en su casa. Es atacada por un ser amado en la intimidad de su vientre: su hijo. Y este patakí es fundacional. Es un patakí frecuentemente repetido y compartido. Es desde esta experiencia de violencia de género en el hogar desde donde surgen los mares que cubren la tierra. Escuchar este cuento, junto con otros que se refieren a la violencia de género en el hogar, nos recuerda que los sistemas de conocimiento afrodescendientes nombran la violencia contra la mujer y el feminicidio como injusticias que se han normalizado en nuestras comunidades. Al escuchar este patakí sobre Yemayá y los patakís sobre cómo la oricha de la laguna —Obba— termina en el mundo de los muertos tras ser estigmatizada por su padre como una mujer que ya no es virgen y cómo esta se corta una oreja para alimentar a su esposo, deseando que él deje de serle infiel, y él la rechaza y abandona; y cómo la oricha de la profundidad del mar —Olokún— es abusada emocionalmente por su esposo, que se burla de su apariencia cambiante como los ritmos de la mar, no hay forma de convertir nuestro dolor como sobrevivientes de violencia de género en el hogar en una anomalía o una excepción a la regla. Las tradiciones afrodescendientes tienen dentro de sus cuentos la conciencia de lo que significa el abuso de lo femenino hasta el punto de buscar destruirlo.

Esta conciencia también abre un camino a la liberación de aquellos que somos sobrevivientes. Yemayá crea los mares en su proceso de resistencia. Los mares surgen de ella cuando, al caer en la tierra, sus senos destilan los fluidos que constituyen a los mares. Ahora vive más allá del cuerpo físico, en los océanos que cubren al mundo. Cada vez que cuento este patakí siento la fuerza de Yemayá que, en su momento de mayor vulnerabilidad, creó lo más grande, literalmente, sobre la Tierra: los océanos. Y ese regalo a la humanidad es la razón por la que le amamos y le rendimos *moforibare* —tributo, agradecimiento y ofrendas— desde el Atlántico hasta el canal de la Mancha, el mar Mediterráneo y el océano Índico. Es en ese momento de vulnerabilidad cuando se vuelve la entidad que representa la inmensa energía creativa del océano, que le da hogar a los espíritus que viven bajo el agua, que sostiene la vida, los climas y las fuentes de comida necesarias sobre el planeta.

Esa capacidad de crear y sostener vida desde el espacio más vulnerable y de mayor violencia vive en nuestra sangre. Nuestra sangre, nuestros vientres, llevan la medicina de la mar. Tienen su misma salinidad. Cargan con el ADN, la memoria de todo lo vivido por nuestros ancestres en cada gota de sangre, en cada óvulo y semen. Y como la mar, el vientre es un espacio de creación, de lo erótico —como diría la gran ancestral Audre Lorde—, de lo que creamos con amor y deseos de liberación para todes, lo que dejamos como nuestro legado sobre la tierra: arte, poesía, música, hijos, comunidades, cuentos.

Invoco a Yemayá y su medicina en este patakí para liberarnos, para crear vida para mami y para mí sin más secretos. Y así también, ojalá, crear vida para quienes viven en silencio, para quienes la violencia de género también les ha quitado la capacidad de vivir y crear, para recordarnos que podemos vivir aún después... y tal vez desde ahí crear lo más bello.

Manferefun egun, bendiciones ancestres

Camino al aeropuerto para salir de Puerto Rico y regresar a Oregón, mami me dice: "Un día escribirás sobre mí, sobre tu familia". No le creí. No le entendí. Y aquí estoy.

Mami, que sea para tu liberación, la mía, la de tantas otras como tú y como yo. Invoco la medicina de nuestros cuentos, de tus verdades desde el más allá.

Crecí en los años ochenta y noventa en las montañas verdes de Cidra, un pueblo pequeño en la Cordillera Central, un pueblo de agricultores que a mediados del siglo veinte se convirtieron en trabajadores de la farmacéutica SKF, de Hanes y de Coca-Cola. En la belleza incomparable de Cidra, crecí con la conciencia clara de que podía perder mi vida a manos de un hombre. Lo veíamos en las noticias de las 5 p.m. Eran comunes los titulares sobre mujeres asesinadas por novios y esposos. Recuerdo con vividez una campaña de anuncios televisivos que mostraban a una mujer que trataba de evitar ser atacada o violada en un estacionamiento y se defendía con las llaves del auto o con un bolígrafo. Hasta el día de hoy camino por todas partes con llaves, bolígrafos o cualquier cosa punzante en la mano. Y también vivía con los cuentos y enseñanzas de mi mamá, que ahora entiendo nos preparaba para poder escapar o sobrevivir a hombres abusivos y posesivos.

Feminicidio. Esa palabra con tanto peso no era parte de nuestro vocabulario entonces. Y su realidad era nuestra realidad. Vivíamos con la constante advertencia de que, como niñas y mujeres, podríamos morir a manos de un hombre.

Violación era una palabra más común en mi infancia. La constante posibilidad de ser asaltada sexualmente era una realidad perenne, determinante en mi vida de niña que crecía entre árboles de tamarindo, guayaba, enredaderas de parchas, el olor de ruda y malagueta, plátano, yautías, malangas y una familia tan grande y con raíces tan profundas que podía contar con un pariente en cada barrio, cada esquina y cada pueblo limítrofe. No había escape de la vigilancia de lo que parecía ser un número infinito de familiares, compadres, comadres, encontradas hasta en los lugares más insospechados.

En ese lugar que para muchos podría parecer bucólico, pastoril, inocente, protegido —y que, en ciertas formas, sí lo era—, crecí completamente consciente de la violencia sexual y el feminicidio. Mami no conocía el patakí de Yemayá y Orungan, pero sabía y contaba muchos otros cuentos similares, recogidos en sus conversaciones con familiares y vecinos, de las noticias y de lo que escuchaba en su rol como enfermera. Esta conciencia caracterizaba muchas de las lecciones impartidas mientras criaba a sus cuatro hijas e hijo. Su motivación era protegernos de ser violadas, o evitar que perdiéramos la vida si lo primero no fuese posible.

No te sientes en la falda de ningún hombre nunca, ni de tu papá ni de tus tíos.

Si no estoy en la casa, no le abras la puerta a ningún hombre, aunque sea familia.

Vas a la universidad. Lleva spray de pimienta siempre en la mano con tus llaves. Úsalo si es necesario. También, aquí tienes: un cuchillo pequeño.

Solo bebe lo que tú compras y lo que tú misma te sirves o ves ser servido.

Nunca estés sola en la casa de tu amiga con su papá, su hermano o su tío.

Si tus amigas quieren hacer un pijama party, que vengan y lo hagan aquí. Aquí están seguras.

En los parkins, mira siempre el asiento de atrás antes de montarte; asegúrate de que esté vacío.

Cuando llegues a la casa, de noche, verifica los clósets y todos los cuartos con cuchillo en mano. Asegúrate de que esté vacía.

En tu apartamento ten un machete debajo de la cama.

Si no puedes escapar de un hombre [que está] tratando de violarte, no resistas. Lo más importante es tu vida.

Siempre recuerda: lo más importante es tu vida.

Nunca, nunca, nunca te detengas si un policía te va a detener en una carretera vacía. Espera a llegar dónde haya gente o una estación de gasolina. Te pueden violar y matarte, y nadie sabe después qué pasó.

Cada vez que recuerdo estas estrategias recaladas por mami siento la preocupación constante de que una de sus hijas podía ser asaltada y asesinada en cualquier momento por cualquier persona. Un miedo infinito. Y al mismo tiempo reconozco su ferocidad y su creencia de que una puede empoderarse ante la violencia que permea el día a día.

No sorprende, entonces, que mami siempre dijera que una mujer tenía que ser independiente económicamente. Había que estar lista siempre para escapar de un matrimonio abusivo porque, según ella: “una cosa es un hombre de novio, otra, como marido”.

Cuando te cases, ten tu propia cuenta de banco. Si la tienes que esconder, la escondes. Y, mira, así se cuadra una cuenta...

Estudia y trabaja. Así, si tu marido te golpea un día, tú no tienes que aguantarlo solo por miedo a morirte de hambre.

Si tu marido no te quiere dejar ir, te desapareces. Deja todo perdido. La vida es lo más importante.

Nunca dependas de un hombre.

Nunca dependas de un hombre.

Nunca dependas de un hombre.

Nunca dependas de nadie.

Alguna gente dice las letanías de las cuarenta vírgenes. Mami tenía su propio rezo; un rezo de estrategias vueltas lemas y dichos que han quedado grabados en mi conciencia. Estas eran las letanías que ella había creado para protegernos de los golpes, los asaltos, la muerte que ella sentía cerca de sus cuatro hijas por el simple hecho de ser mujeres.

Ahora que mami ya no está aquí en el plano de los vivos, puedo decir la verdad que le hubiera devastado reconocer en vida y que le hubiera sido imposible reconciliar con lo que ella deseaba para sí y para nosotras.

Invoco su presencia y su memoria para liberarme, para liberarnos de tanto silencio, para abrir camino a la medicina que ella me ha dejado como egun, como ancestra.

Sus letanías no salvaron a su hija. Ni del abuso infantil, ni de la violación, ni del hostigamiento sexual, ni de relaciones abusivas, ni de verla a ella morir por ser madre. Ella, al final, murió porque aquellos que buscaban a su hijo entendían que asesinarla a ella, a su madre, era la única forma de conseguir que él regresara. Este fue un feminicidio de los que son comunes en el inframundo: matar a la madre para que el hijo resurja y encuentre su muerte segura también. Para mí fue también una gota más en una historia personal marcada por la violencia de género tanto para mí como para mami.

Abusada sexualmente de niña por un hombre que todes pensaban dulce y amable, y que dejó en mí la memoria de su aliento, del olor a ron y cerveza que me repugna hasta el día de hoy.

Violada en la universidad, a los 17 años, por un chico del pueblo. Un joven de 21 años que por años pretendió ser mi amigo y usó a mis padres para enviarme saludos. Un hombre que nunca aceptó que yo dije que no, que lo empujé lo más que pude cuando con sus seis pies de estatura se imponía sobre mis 5'4", hasta que recordé que mi vida es lo más importante y simplemente desaparecí en el éter esperando a que él acabara no una vez, sino dos. Un hombre que tras dejarme plantada cuando lo iba a confrontar, le dijo a otros que yo consentí a lo sucedido. Él sabía que así garantizaba mi silencio. ¿Quién me creería?

Viviendo en mi silencio y vergüenza. Sabiendo que al final yo sería cuestionada —como lo fui por la única persona con quien traté de desahogarme—. Sabiendo que sería culpada y no habría nada que hacer. ¿Qué hacías en su casa? ¿A esa hora? ¿Qué ropa tenías puesta? ¿Por qué tomaste alcohol, si tú no tomas? El terror ante estas preguntas, que hicieron que pusiera distancia entre yo y mi pueblo, mi hogar, por casi dos décadas.

Y hasta en el mundo cuir, porque la misoginia vive en todos los espacios...

Hostigada sexualmente por un colega trans con mayor rango profesional que yo. Él llegaba a cualquier conferencia donde yo iba, le decía a otras que teníamos una relación. Si lo bloqueaba por Skype, me encontraba en Hotmail, si le bloqueaba Hotmail, me buscaba por teléfono; si le prohibía llamarme, me texteaba. Cada mensaje era un intento de manipulación porque, según él, yo soy: "otra de muchas femmes que no entienden mi masculinidad, no me aceptan, aunque me ven sufriendo". Dejé de ir a conferencias profesionales, cambié mi número de teléfono, dije no a oportunidades profesionales por años, esperando a que esa ausencia le llevara lejos de mí. Cuando rompí el silencio supe que yo fui una de muchas cuyos límites no aceptó.

Espantada, constantemente en guardia, cuando una ex vio mis límites como una excusa para amenazarme con suicidio, para amenazarme con su muerte y la mía.

Las letanías de mami no nos salvaron, ni a mí ni a mami, de violencia. Ella murió asesinada a balazos en la misma casa donde crió a sus hijos. Abaleada por vecinos, narcos, para que mi hermano saliera del lugar donde estaba escondido. Porque si asesinas a la madre, el hijo tiene que ir al funeral. Murió por ser mujer, por ser madre, en el hogar que había pagado en efectivo cuando terminó discapacitada y sin poder trabajar a los cuarenta y pico de años. Para pagar esa casa sacrificó todos los fondos de su retiro y seguro de discapacidad, la independencia económica que tanto valoraba. Solo quería que sus hijas y su hijo siempre tuvieran la seguridad de un lugar donde vivir. Sacrificó tanto por esa casa que aun amenazada de muerte se rehusó a dejar atrás.

Murió en esa casa donde desde mi infancia ella rezaba de noche de esquina a esquina. Ella era la sacerdotisa de ese templo. "Que el Señor bendiga esta casa por todas las cuatro esquinas y los que estamos en ella con sus palabras divinas", repetía cuatro veces caminando la esquina de cada cuarto, pidiendo que nadie nos hiciera daño ahí, ni vivos ni muertos. Hasta en el rezo queriendo asegurar nuestra protección de lo tangible y de lo intangible.

Murió como madre, salvando a su hija. Aunque decía: "Si hay balazos, gatea, no camines", ella corrió para proteger a su hija, mi hermana, para evitar que esta caminara hacia la habitación y la sala que terminaron cubiertas con cuarenta balas. Su muerte fue inmediata.

Murió por ser mujer, por ser madre.

Manferefun mami, bendiciones mami.

Mami y yo hablamos ahora con una honestidad que no era posible en su vida terrena. Podemos hablar sin miedo. Con un vaso de agua y una vela encendida, conversamos.

Hay cosas que ella no podía decir ni aceptar entonces, verdades que decía a mitad, que a veces sugería en fragmentos, y muchas verdades que escondía completamente. Hay cosas que yo misma no podía decir ni aceptar entonces.

Pero ahora, cuando podemos abrir el velo entre su mundo y el mío, ambas encontramos paz en nuestras verdades respectivas, en la posibilidad de sanar a través de las generaciones, en nuestro deseo de que con nosotras acabe un ciclo de violencia intergeneracional.

Ahora sé que sus letanías reflejaban la violencia que ella misma experimentó desde muy joven.

Abusada sexualmente por un vecino en su infancia y pubertad.

Llamada puta por irse a estudiar a Río Piedras. Su capacidad de ser “buena novia y esposa”, cuestionada.

Viviendo las burlas de quienes la llamaban campestre y la trataban como menos mientras se abría camino en la escuela y la universidad.

Creciendo con miedo del alcoholismo de su papá, un hombre que sobrevivió un Ejército racialmente segregado en la Segunda Guerra Mundial, cuyo rol era caminar sobre minas explosivas antes de que su regimiento pasara, que salvó la vida de otro campesino de su barrio dejado atrás por muerto, cargándolo a través del campo de batalla; un hombre cuyas heridas y memorias con el alcohol y las apuestas aplacaba.

Casarse porque estaba embarazada y es lo que uno hace, aunque no quiera.

Casarse para no cargar el estigma impensable de ser una madre soltera en los ochenta, para quien las puertas se cierran y las bocas se abren llenas de juicio y crítica.

Casarse, aunque, como me contó muchas veces, tenía sueños de aceptar una de tantas ofertas atractivas de trabajo en los Estados Unidos que recibía en esos días, aunque sentía que el hombre que amaba con locura no podía acompañarla en sus sueños; aunque consideró en un momento irse conmigo, su primogénita, para Chicago, a vivir con su hermana, una madre soltera que había aceptado lo que eso significaba.

Quedarse casada y criar a sus cinco hijos en la casa tras quedar discapacitada. Ella había sido una enfermera y administradora excepcional. Vivía orgullosa de eso. Pero su esposo no había tenido los mismos sueños. ¿Hubiera sido todo diferente si hubiera seguido sus propios sueños? Esa pregunta la invadía en los peores momentos.

Viviendo por épocas con depresión, carcomida por lo que pudo haber sido, a veces llena de rabia y dolor que desataba contra sus hijos. Aunque lo consideró aún después de casarse, no emigró, no aceptó ninguna de las ofertas de trabajo que llegaban con apartamento incluido, beneficios y posibilidad de crecimiento profesional. En los momentos en que vivíamos contando cada chavito de mes a mes, haciendo milagros para que siempre hubiera comida y casa, cuando solamente su creatividad lograba que tuviéramos lo esencial, su resentimiento surgía en la dureza de su palabra hacia nosotros, en sus gritos oíbles por los vecinos, en sus palabras que llamaban la atención a cada uno de nuestros fallos —“son inútiles, no sirven para nada”—, en cómo, de vez en cuando, sentía que las hijas y el hijo que tanto amaba la habían condenado a una vida más dura y más pequeña de lo que ella deseaba. Y como ella decía: “¿Qué iba a hacer? ¿Divorciarme? Él nunca iba a dejar que yo les llevara conmigo. ¿Criarles sola, y que ustedes me resintieran por quitarles a su padre? No voy a ponerles otro padre a las niñas para arriesgar quién sabe qué. ¿Y la gente, qué? ¿Qué iban a decir? ¿Quién me iba a ayudar?”

Desde el otro lado, mami me pide perdón por no hablar todas estas verdades abiertamente en vida, por la forma en que pagamos por el silencio que se impuso en su actuación de mujer fuerte, más fuerte que otros, que podía con todo por su cuenta; y por imponernos el mismo silencio como estrategia de supervivencia. No conocíamos algunos de estos cuentos, o los conocíamos, pero no se podía hablar sobre ellos; o ella solo revelaba fragmentos, sin permitir que tuviéramos nunca una imagen más completa de su dolor, de su vulnerabilidad.

El diagnóstico de PTSD a los treinta años transformó nuestra relación porque ya yo no pude silenciar mi realidad. Mi cuerpo supo mejor que yo. Y decidió gritar “ya basta”. Me detuvo. Detuvo mi vida diaria con dolores de cabeza constantes, dolores musculares debilitantes ante cualquier intento de salir a la calle, infecciones de orina, órganos debilitados y envejecidos antes de tiempo, malnutrición, y ataques de pánico que me dejaban sin respiración, con la mente nublada incapaz de procesar información y, mucho menos, tener contacto con otros seres humanos.

No tuve otra opción que empezar a nombrar lo innombrable y reconocer que otras de las letanías de mami habían alimentado mi silencio:

Tu mente moldea tu realidad. Tú puedes recrear tu realidad en tu mente.

Lo que nadie sabe, no sucedió.

No compartas tus secretos con nadie.

El cuerpo me enseñó que la mente puede tratar de engañarse, mentirse a sí misma, pero el cuerpo recuerda, y en algún momento necesita que su verdad sea reconocida. Y, a la larga, la mente necesita coherencia o se pierde en sus propias mentiras; empieza a pensar que son la verdad. Sanar requería soltar el legado de supervivencia de mami —amándola, agradeciéndole y respetándola al mismo tiempo— y aprender otras formas de enfrentar lo que parece ser innombrable.

Este camino requirió que yo encontrara perdón y compasión para con ella, quien hizo lo mejor que pudo ante todos los retos que enfrentó como mujer.

Mami era una mujer que sabía que hay cosas que pueden costarle todo, que hay secretos que pueden fácilmente destruir a una mujer. Ella sabía que la reputación de una mujer puede abrir o cerrar puertas y, asimismo, esta puede ser despedazada en un segundo con cualquier rumor, especialmente en un pueblo pequeño, donde todo se sabe, todo se dice y las relaciones lo son todo.

Pero ahora ambas sabemos que mantener muchos de esos secretos nos destruye también, nos come, nos mata desde adentro: nos hace cómplices de nuestro feminicidio psíquico. Y esa muerte psíquica, a veces, hace que la muerte física parezca una solución fácil a lo que nos mantiene como zombis, desconectadas realmente de nuestro ser y de la vida. ¿Cuántas veces no pensé, mientras el PTSD plagaba y limitaba mi vida, “si muero hoy, no hay problema, finalmente todo este dolor que me paraliza el cuerpo, la mente y el espíritu, que me deja sin ganas ni capacidad de vivir... ¿desaparecerá?”. ¿Cuántas veces? La respuesta es: innumerables.

En el proceso de sanar, para no entregarme a la enfermedad y la muerte, tuve que nombrar, y he tenido que seguir nombrando. Nombrar la violencia de género y sexual en mi vida ha

sido posible gracias a la medicina de los patakís, de ver a Yemayá creando desde su propia vulnerabilidad y muerte y la claridad con que mami comparte conmigo ahora desde el mundo de egun, de los ancestros. Mami ha creado nueva vida para sí —una paz que no tenía antes— y ha creado nueva vida para mí liberándome de todas las normas sociales y todos los miedos que le llevaron a silenciar su dolor y el mío. Su caída, como la de Yemayá, ha dado a luz otros mares, otras posibilidades.

El próximo cuento, el segundo y último patakí de Yemayá, ofrece otra medicina al permitirnos imaginar la posibilidad de vivir de nuestra forma, seguir nuestros sueños, crear vidas fuera de las convenciones que nos aprisionan como mujeres y, de esa forma, estar en armonía con nosotras mismas, así como con nuestros seres amados y comunidades. Lo inimaginable es posible aquí.

Cuando Yemayá deja a Ogún... imaginar lo inimaginable

Yemayá se encuentra aburrida en su vida de casada con Ogún y de madre de su niño. Ogún se la pasa de guerra en guerra. Y ella en casa. Simula su muerte. Se hace mercader en un pueblo lejano. Hace una nueva vida. Un día, Ogún y su hijo la encuentran.

En este patakí, Yemayá, la oricha de la mar, quiere otra vida. La vida de mujer casada y madre no la sostiene. Una inquietud constante no la deja ser. Ella había sido un mercader antes, viajaba de pueblo en pueblo, desde la montaña, desde los valles, hasta las costas, cubriendo territorios de norte a sur, de este a oeste. Conocía mucha gente, muchas costumbres y muchos pueblos. Y de repente todo acabó. Ogún, su esposo, el oricha de los instrumentos de guerra, se la pasaba de guerra en guerra y, cuando volvía a casa, pasaba el día entero cazando en el monte. Se sentía sola, encerrada, atrapada y relegada al cuidado de su niño. Ama a su niño, pero esa vida no es suficiente para ella. ¿Qué hacer para liberarse sin iniciar una guerra con Ogún, conocido ermitaño y guerrero?

Ella sabe que él tiene un corazón muy sensible de emociones inmensas con grandes repercusiones. Ya, una vez, Ochún, la oricha de los ríos, había tenido que ir a buscarlo al bosque, cuando herido por las quejas y egoísmos de la humanidad se desapareció en él. Todo paró y nada era posible, porque solo Ogún y sus herramientas hacen posible la agricultura, el manejo de ganado, la forja del hierro, el trabajo, y la guerra. Ochún —con la miel y dulzura que la caracteriza— lo buscó y logró llevarlo de vuelta a su taller, desde donde devolvió vida a la tierra. Si eso sucedió antes, ¿cómo respondería Ogún ahora a lo que Yemayá necesitaba? ¿Se sentiría abandonado? ¿Dejaría a la humanidad para siempre? O peor, ¿decidiría hacer guerra? Yemayá decide que es mejor desaparecer por medio de una muerte fingida. Simula su muerte y se va lejos. Su nueva vida la hace feliz.

Para Ogún, la muerte de Yemayá es una gran desgracia. Y al mismo tiempo lo obliga a estar más en casa, cuidar de su hijo y disfrutar de una vida más tranquila. Ir de guerra en guerra no es lo que era antes. Ahora extraña su hogar y a su hijo cuando sus obligaciones de líder y guerrero lo llevan lejos. Los años pasan, y él encuentra satisfacción en esa nueva vida.

Todo cambia cuando Yemayá reaparece. Su hijo es el primero en ver a Yemayá cuando

visita con su padre otro reino. Ogún no lo puede creer hasta que la ve con sus propios ojos. Yemayá, la mujer cuya muerte lloró, cuyo funeral ofició, estaba justo enfrente de él vendiendo maíz y mangós en el mercado.

Tras la sorpresa de este primer encuentro después de años, Yemayá, Ogún y su hijo hablan. Hablan con la verdad por primera vez. Yemayá pide perdón por su mentira y el dolor que causó a su hijo. Ogún entiende los miedos que motivaron a Yemayá. Asume su responsabilidad. Sabe que la había dejado sola con toda la responsabilidad del hogar y que había decidido ignorar su infelicidad y lo que conocía de su esposa. Ella había sido una mujer que estaba siempre en movimiento, y que, además de ser mercader, lo acompañaba, machete en mano, en el campo de batalla, luchando junto a él. Él reconoce también que todo lo pasado lo obligó a cambiar, a reconocer que había otras cosas importantes en la vida, no solo la guerra. Ogún acepta la decisión de Yemayá. Solo pide que de ahí en adelante a todes se les entierre bajo tierra, para fingir que la muerte ya no es una posibilidad. Yemayá conoce a su hijo sin atarse a otras responsabilidades del hogar. La paz reina en la comunidad.

La medicina que Yemayá y Ogún me dan en este patakí se multiplica. Cada vez que lo escucho me obliga a reflexionar sobre las estrategias que mami y yo usamos, en su momento, para sobrevivir la violencia de género en nuestras vidas. Igual que a Yemayá, nuestras estrategias de supervivencia nos empoderan, aunque sea por un momento. Nuestro silencio, definitivamente, nos protegió de lo que hubieran sido preguntas y conversaciones destructivas para nosotras, de personas que habrían impuesto su violencia sobre nuestra experiencia. Entiendo ahora que hacer una vida en los Estados Unidos fue un escape similar al de Yemayá, una forma de crear un hogar donde mi realidad pudiera existir y yo pudiera vivir. Para Yemayá, no expresar con palabras lo que necesita de Ogún y escapar de su realidad es la única forma en que puede imaginar vivir en mayor plenitud. Siente que tiene que mentir, fingir, e incluso morir para poder vivir como desea. Tiene que estar dispuesta a dejar atrás a todes sus seres amados para vivir. Pero este patakí nos recuerda que la verdad no se puede escapar en su totalidad. Esa verdad vive dentro de nosotras recordándonos el precio —la soledad, la distancia de seres queridos— que pagamos para vivir, o nos encuentra un día requiriendo que hagamos frente a aquello de lo que tratamos de escapar desde un principio. En ese momento, podríamos reencontrar la violencia que dejamos atrás o encontrar la liberación de nuestro ser y les demás.

En el patakí, lo que parece inimaginable sucede. Ogún no actúa con violencia. Tanto él como Yemayá logran llegar a un espacio donde pueden asumir responsabilidad por sus actos, donde pueden crear otra realidad para sí y para su hijo. El derecho de Yemayá a salir de una relación que la hacía infeliz y a reimaginar lo que es ser madre es, de este modo, reivindicado.

Entre los cuentos de los orichas, mami y mi propia vida, surge la posibilidad de imaginar lo que parecía inimaginable para mami y para mí por mucho tiempo: un mundo donde mami encuentra paz y me permite vivir sin clósets ni secretos; un mundo donde Yemayá puede crear lo más bello después de ser violentada por su propia sangre; un mundo donde una mujer puede coexistir en paz con su comunidad mientras vive su vida en sus propios términos; un mundo donde el feminicidio no es el pan de cada día.

Que se abran los caminos. Ashé.

Cuando pienso en mi niñez y me veo cruzando montañas por entre la neblina maravillosa del amanecer en Cidra, caminando entre yerbas y matorrales en busca de ñames; en mi juventud como universitaria, subiendo la escalera al parecer infinita que me llevaba al Colegio día a día bajo un calor húmedo que hacía que los mangós emitieran su olor dulce y algo putrefacto; y, en mi adultez como mujer que descubre su ser cuir en la diáspora, sé que en cada uno de esos momentos hubiera querido saber que era posible reconocer mis experiencias como parte de una experiencia colectiva; que mi silencio y el de mami no eran la única estrategia para sobrevivir; que la verdad nos libera a todes; que es posible imaginar relaciones íntimas sin el yugo, sin la búsqueda de poder del patriarcado; que merecemos soñar con un mundo donde no morimos simplemente porque sí, porque alguien sigue viendo nuestra vidas como el vehículo a través del cual se afirma su poder.

He compartido este testimonio a través de patakís y cuentos que me llenan de esperanza sobre lo que puede ser, sobre lo que podemos crear. Escribo para invocar a Yemayá, para que sus aguas liberadoras encuentren a quienes les toque unirse a este rezo, para que sigan alimentando nuestra capacidad de vivir y ahuyenten el espectro de la muerte que sucede a destiempo. Que sus patakís inspiren y den un aliento a quienes la violencia de género y el feminicidio han dejado imposibilidades de crear. Que sigan empoderando a quienes hemos tenido que escapar en silencio para vivir y crear. Que sigan empoderando a quienes hemos podido escapar del silencio y seguimos creando vida desde la verdad, imaginando y viviendo lo inimaginable.

NOTAS

¹Este testimonio es posible gracias a las enseñanzas y los cuentos de Iya Abbebe Oshun, Iya Akalacho, Oba Osican, mis mayores en regla de ocha y regla conga, así como a reflexiones surgidas al leer al prolífico babalocha Ócha'ni Lele; cualquier error es mío. Una serie de colegas académicos, incluyendo algunos practicantes de ocha, han contribuido significativamente a nuestro entendimiento académico de estas tradiciones: Lizabeth Paravisini Herbert, Margarite Fernández Olmos, Agustín Lao Montes, Roberto Strongman, Vanessa K. Váldez y la renombrada Lydia Cabrera, entre tantas. Que los caminos se sigan abriendo para todo su trabajo. No les cito directamente aquí porque este es un testimonio, no un ensayo académico. Y porque las lógicas que rigen estos cuentos surgen desde dentro de las prácticas cuentistas y espirituales de mis mayores y mi propio ilé —casa espiritual— a lo largo de los últimos doce años. El proyecto *Sanadores* que coproduzco con un equipo inmenso, es otra manera de dar a conocer estas tradiciones a través de cuentos, como se ha hecho desde tiempo inmemorial. En ese caso, utilizo las herramientas de las humanidades digitales.

²Por medio de los sistemas tradicionales afrocaribeños, M. Jacqui Alexander y Ana-Maurine Lara han teorizado lo que significa conocer —desde nuestros cuerpos y espíritus— formas que resuenan con las prácticas cuentistas y espirituales que hacen posible este testimonio.

³Judith Gleason cuenta este patakí. Mi interpretación se deriva de la suya, así como de conversaciones múltiples con practicantes y mayores en la tradición.

REFERENCIAS

- Alexander, M. Jacqui. 2005. *Pedagogies of Crossing: Meditations on Feminism, Sexual Politics, Memory, and the Sacred*. Durham, NC: Duke University Press.
- Gleason, Judith. 1971. *Orisha: The Gods of Yorubaland*. New York: Atheneum.
- Lara, Ana-Maurine. 2020. *Queer Freedom: Black Sovereignty*. Albany: State University of New York Press.
- Lorde, Audre. 2007. *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Berkeley: Crossing Press.